



ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID
BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Octubre 2019 n.º 1.384



- 1 | Editorial**
- 5 | De nuestra Vida**
 - 5 | Pleno del Consejo Diocesano
 - 6 | Día de la Familia Adoradora
 - 6 | Apostolado de la Oración
 - 7 | Vigilia General de Difuntos
 - 7 | Necrológicas
 - 8 | Turno Jubilar de Veteranos
- 9 | Rincón poético**
- 10 | De La Lámpara**
- 14 | Tema de Reflexión**
- 18 | Enseñanzas de Benedicto XVI**
 - 18 | María y el rezo del Rosario
- 21 | Doctores de la Iglesia**
- 22 | Apóstol de la Caridad**
- 26 | Catecismo de la Iglesia Católica**
- 27 | Calendario de Vigilias**
- 29 | Cultos en la Capilla de la Sede**
- 26 | Rezo del Manual**



Portada:
Nuestra Señora del Rosario de Fátima
Titular de la Sección de Fátima

Edita: ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

Domicilio: C/ Barco, 29, 1.º
28004 Madrid
Tel. y Fax: 915 226 938
anemadrid1877@gmail.com
@anemadrid1877
www.ane-madrid.org

Redacción: J. Alcalá, A. Caracuel, A. Blanco, F. Garrido.
Diseño, maquetación e impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.
Depósito Legal: M-7548-2011

Mensaje del Santo Padre Francisco para la jornada mundial de las misiones 2019 20 de octubre



Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo

Queridos hermanos y hermanas:

He pedido a toda la Iglesia que durante el mes de octubre de 2019 se viva un tiempo misionero extraordinario, para conmemorar el centenario de la promulgación de la Carta apostólica del Papa Benedicto XV (30 noviembre 1919). La visión profética de su propuesta apostólica me ha confirmado que hoy sigue siendo importante renovar el compromiso misionero de la Iglesia, impulsar evangélicamente su misión de anunciar y llevar al mundo la salvación de Jesucristo, muerto y resucitado.

El título del presente mensaje es igual al tema del Octubre misionero: *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo*. La celebración de este mes nos ayudará en primer lugar a volver a encontrar el sentido misionero de nuestra adhesión de fe a Jesucristo, fe que hemos recibido gratuitamente como un don en el bautismo. Nuestra pertenencia filial a Dios no es un acto individual sino eclesial: la comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es fuente de una vida nueva junto a tantos otros hermanos y hermanas. Y esta vida divina no es un producto para vender —nosotros no hacemos proselitismo— sino una riqueza para dar, para comunicar, para anunciar; este es el sentido de la misión. Gratuitamente hemos recibido este don y gratuitamente lo compartimos (cf. Mt 10, 8), sin excluir a nadie. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, y a la experien-

cia de su misericordia, por medio de la Iglesia, sacramento universal de salvación (cf. 1 Tm 2, 4; 3, 15; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 48).

La Iglesia está en misión en el mundo: la fe en Jesucristo nos da la dimensión justa de todas las cosas haciéndonos ver el mundo con los ojos y el corazón de Dios; la esperanza nos abre a los horizontes eternos de la vida divina de la que participamos verdaderamente; la caridad, que pregustamos en los sacramentos y en el amor fraterno, nos conduce hasta los confines de la tierra (cf. *Mi* 5, 3; *Mt* 28, 19; *Hch* 1, 8; *Rm* 10, 18). Una Iglesia en salida hasta los últimos confines exige una conversión misionera constante y permanente. Cuántos santos, cuántas mujeres y hombres de fe nos dan testimonio, nos muestran que es posible y realizable esta apertura ilimitada, esta salida misericordiosa, como impulso urgente del amor y como fruto de su intrínseca lógica de don, de sacrificio y de gratuidad (cf. 2 Co 5, 14-21). Porque ha de ser hombre de Dios quien a Dios tiene que predicar (cf. Carta apost. *Maximum illud*).

Es un mandato que nos toca de cerca: yo soy siempre una misión; tú eres siempre una misión; todo bautizado y bautizada es una misión. Quien ama se pone en movimiento, sale de sí mismo, es atraído y atrae, se da al otro y teje relaciones que generan vida. Para el amor de Dios nadie es inútil e insignificante. Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es fruto del amor de Dios. Aun cuando mi padre y mi madre hubieran traicionado el amor con la mentira, el odio y la infidelidad, Dios nunca renuncia al don de la vida, sino que destina a todos sus hijos, desde siempre, a su vida divina y eterna (cf. *Ef* 1, 3-6).

Esta vida se nos comunica en el bautismo, que nos da la fe en Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, nos regenera a imagen y semejanza de Dios y nos introduce en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. En este sentido, el bautismo es realmente necesario para la salvación porque nos garantiza que somos hijos e hijas en la casa del Padre, siempre y en todas partes, nunca huérfanos, extranjeros o esclavos. Lo que en el cristiano es realidad sacramental —cuyo cumplimiento es la eucaristía—, permanece como vocación y destino para todo hombre y mujer que espera la conversión y la salvación. De hecho, el bautismo es cumplimiento de la promesa del don divino que hace al ser humano hijo en el Hijo. Somos hijos de nuestros padres naturales, pero en el bautismo se nos da la paternidad originaria y la maternidad verdadera: no puede tener a Dios como padre quien no tiene a la Iglesia como madre (cf. San Cipriano, *La unidad de la Iglesia católica*, 4).

Así, nuestra misión radica en la paternidad de Dios y en la maternidad de la Iglesia, porque el envío manifestado por Jesús en el mandato pascual es inherente al bautismo: como el Padre me ha enviado así también os envío yo, llenos del Espíritu Santo para la reconciliación del mundo (cf. *Jn* 20, 19-23; *Mt* 28, 16-20). Este envío compete al cris-

tiano, para que a nadie le falte el anuncio de su vocación a hijo adoptivo, la certeza de su dignidad personal y del valor intrínseco de toda vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. El secularismo creciente, cuando se hace rechazo positivo y cultural de la activa paternidad de Dios en nuestra historia, impide toda auténtica fraternidad universal, que se expresa en el respeto recíproco de la vida de cada uno. Sin el Dios de Jesucristo, toda diferencia se reduce a una amenaza infernal haciendo imposible cualquier acogida fraterna y la unidad fecunda del género humano.

El destino universal de la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo condujo a Benedicto XV a exigir la superación de toda clausura nacionalista y etnocéntrica, de toda mezcla del anuncio del Evangelio con las potencias coloniales, con sus intereses económicos y militares. En su Carta apostólica *Maximum illud*, el Papa recordaba que la universalidad divina de la misión de la Iglesia exige la salida de una pertenencia exclusiva a la propia patria y a la propia etnia. La apertura de la cultura y de la comunidad a la novedad salvífica de Jesucristo requiere la superación de toda introversión étnica y eclesial impropia. También hoy la Iglesia sigue necesitando hombres y mujeres que, en virtud de su bautismo, respondan generosamente a la llamada a salir de su propia casa, su propia familia, su propia patria, su propia lengua, su propia Iglesia local. Ellos son enviados a las gentes en el mundo que aún no está transfigurado por los sacramentos de Jesucristo y de su santa Iglesia. Anunciando la Palabra de Dios, testimoniando el Evangelio y celebrando la vida del Espíritu llaman a la conversión, bautizan y ofrecen la salvación cristiana en el respeto de la libertad personal de cada uno, en diálogo con las culturas y las religiones de los pueblos donde son enviados. La *missio ad gentes*, siempre necesaria en la Iglesia, contribuye así de manera fundamental al proceso de conversión permanente de todos los cristianos. La fe en la pascua de Jesús, el envío eclesial bautismal, la salida geográfica y cultural de sí y del propio hogar, la necesidad de salvación del pecado y la liberación del mal personal y social exigen que la misión llegue hasta los últimos rincones de la tierra.

La coincidencia providencial con la celebración del Sínodo especial de los obispos para la región Panamazónica me lleva a destacar que la misión confiada por Jesús, con el don de su espíritu, sigue siendo actual y necesaria también para los habitantes de esas tierras. Un Pentecostés renovado abre las puertas de la Iglesia para que ninguna cultura permanezca cerrada en sí misma y ningún pueblo se quede aislado, sino que se abran a la comunión universal de la fe. Que nadie se quede encerrado en el propio yo, en la autorreferencialidad de la propia pertenencia étnica y religiosa. La pascua de Jesús rompe los estrechos límites de mundos, religiones y culturas, llamándolos a crecer en el respeto por la dignidad del hombre y de la mujer, hacia una conversión cada vez más plena a la verdad del Señor resucitado que nos da a todos la vida verdadera.

A este respecto, me vienen a la mente las palabras del papa Benedicto XVI al comienzo del encuentro de obispos latinoamericanos en Aparecida, Brasil, en el año 2007, palabras que deseo aquí recordar y hacer mías: «¿Qué ha significado la aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y del Caribe? Para ellos ha significado conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. Cristo era el Salvador que anhelaban silenciosamente. Ha significado también haber recibido, con las aguas del bautismo, la vida divina que los hizo hijos de Dios por adopción; haber recibido, además, el Espíritu Santo que ha venido a fecundar sus culturas, purificándolas y desarrollando los numerosos gérmenes y semillas que el Verbo encarnado había puesto en ellas, orientándolas así por los caminos del Evangelio. [...] El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura. La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso, sino un retroceso. En realidad sería una involución hacia un momento histórico anclado en el pasado» (Discurso en la Sesión inaugural, 13 mayo 2007).

Confiemos a María, nuestra Madre, la misión de la Iglesia. La Virgen, unida a su Hijo desde la encarnación, se puso en movimiento, participó totalmente en la misión de Jesús, misión que a los pies de la cruz se convirtió también en su propia misión: colaborar como Madre de la Iglesia que en el Espíritu y en la fe engendra nuevos hijos e hijas de Dios.

Quisiera concluir con unas breves palabras sobre las Obras Misionales Pontificias, ya propuestas como instrumento misionero en la *Maximum illud*. Las OMP manifiestan su servicio a la universalidad eclesial en la forma de una red global que apoya al Papa en su compromiso misionero mediante la oración, alma de la misión, y la caridad de los cristianos dispersos por el mundo entero. Sus donativos ayudan al Papa en la evangelización de las Iglesias particulares (Obra de la Propagación de la Fe), en la formación del clero local (Obra de San Pedro Apóstol), en la educación de una conciencia misionera de los niños de todo el mundo (Obra de la Infancia Misionera) y en la formación misionera de la fe de los cristianos (Pontificia Unión Misional). Renovando mi apoyo a dichas obras, deseo que el Mes Misionero Extraordinario de Octubre 2019 contribuya a la renovación de su servicio a mi ministerio misionero.

A los misioneros, a las misioneras y a todos los que en virtud del propio bautismo participan de algún modo en la misión de la Iglesia, les envío de corazón mi bendición. ■

Francisco

Vaticano, 9 de junio de 2019, Solemnidad de Pentecostés

Pleno del Consejo Diocesano

Día: 26 de octubre de 2019

Hora: 9:00 horas

Lugar: Colegio La Inmaculada-Marillac; calle García de Paredes 37

Orden del Día

- 1º Eucaristía
- 2º Palabras del Director Espiritual
- 3º Aprobación del acta del Pleno anterior
- 4º Informe secretaria
- 5º Informe tesorería
- 6º Informe del presidente
- 7º Calendario anual de actos
- 8º Ruegos y preguntas



Están convocados a esta reunión los miembros del Consejo Diocesano, los miembros de los Consejos de las Secciones y los Jefes y Secretarios de Turno. Todos ellos recibirán convocatoria por escrito.

Es importantísima la asistencia y participación activa de todos los responsables de la Adoración Nocturna Española de Madrid. Es la primera reunión del curso adorador y en ella se diseña el calendario de actividad para los próximos meses y se presentan y definen las líneas de actuación a seguir. Rogamos encarecidamente a todos vuestra asistencia. ■

Día de la Familia Adoradora

Como se informaba en boletines anteriores, este año vamos a celebrar el día de la Familia Adoradora el día 5 de octubre con una visita al Santuario de la Gran Promesa de Valladolid, donde podremos conocer la figura y las revelaciones del Beato Bernardo de Hoyos sobre el Sagrado Corazón de Jesús. Posteriormente, después de la comida, visitaremos



la Abadía de San Isidro de Dueñas, en la que podremos visitar y rezar ante la tumba de San Rafael Arnaiz, monje trapense y adorador nocturno, y celebrar vísperas con la Comunidad. El coste de la actividad es de 50 euros que incluirá viajes, comida y entradas. La salida se

realizará a las 8:00 horas desde el Paseo Moret (junto al intercambiador de Moncloa). Las últimas inscripciones se podrán realizar como tarde el día 30 de septiembre llamando al teléfono de la sede (915 226 938) para poder confirmar la disponibilidad de plazas. ■

Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes de octubre 2019

Por la evangelización:

Para que el soplido del Espíritu Santo suscite una nueva primavera misionera en la Iglesia. ■

Vigilia general de difuntos



El VIERNES, día 1 de noviembre, todas las Secciones de la Diócesis de Madrid celebrarán la VIGILIA GENERAL DE DIFUNTOS.

Será una gran oportunidad para, además de rezar por nuestros amigos y familiares difuntos, reflexionar individualmente sobre la muerte en relación con los múltiples aspectos de la realidad humana.

En ella haremos memoria de nuestros hermanos que han dejado este mundo. Sus cuerpos, como los de todos nosotros, serán transformados en el día de la resurrección de la carne, entonces gloriosa y perdurable.

Por lo que respecta a la Sección de Madrid la vigilia se celebrará en la Basílica de la Milagrosa (C/ García de Paredes, 45) dando comienzo a las 22 horas. ■

Necrológicas

- **Dña. Eulalia Sánchez Cuesta**, adoradora del turno 57, San Romualdo, del que fue fundadora.
- **Dña. Cristina Herráiz Carrascosa**, adoradora del Turno 3 de la Sección de las Rozas.
- **D. Ángel Escudero Nieto**, Adorador Veterano Constante del Turno 25, Virgen del Coro; fue miembro del Consejo Nacional y Tesorero del mismo.

¡Dales Señor el descanso eterno!

Turno Jubilar de Veteranos



El **JUEVES**, día **31 de OCTUBRE** a las **22:00 horas**, tendrá lugar en la Basílica de la Milagrosa (C/ García de Paredes 45) LA VIGILIA ESPECIAL DE ACCIÓN DE GRACIAS por la larga vida que el Señor concede a la Adoración Nocturna.

Aunque la Vigilia es abierta a todos, convocamos de forma particular a los adoradores de los siguientes Turnos y Secciones:

SECCIONES: Pozuelo de Alarcón, Santa Cristina, Ciudad Lineal, Fátima y Campamento.

TURNOS: 67 San Martín de Porres, 69 Virgen de los Llanos, 70 San Ramón Nonato, 71 Santa Beatriz y 72 Ntra. Sra. de la Merced. ■

¡Veterano, el día 31 de octubre a las 22 horas en la Basílica de la Milagrosa se celebra tu Vigilia, no faltes!

Quiero creer



Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y, limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver.
Quiero creer.

Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.
Quiero creer.

Limpia mis ojos cansados
deslumbrados del cimbel;
lastra de plomo mis párpados,

y oscurécelos bien.
Quiero creer.

Ya todo es sombra y olvido
y abandono de mi ser.
Ponme la venda en los ojos.
Ponme tus manos también.
Quiero creer.

Tú que pusiste en las flores rocío
y debajo miel,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.
Quiero creer.

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
creo en Ti y *quiero creer.*

La transubstanciación

Esta presencia de Cristo en la Eucaristía se denomina «real», no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen «reales», sino por excelencia, porque es sustancial, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente.

Mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión.

Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1374-1375

El Concilio de Trento dedica su capítulo IV de su Decreto sobre la Santísima Eucaristía (11 de octubre de 1551) a «la conversión que se realiza, por la consagración, de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, nuestro Señor, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre». Y añade que esta «conversión» ha recibido *convenienter et proprie* el nombre de «transubstanciación».

Evidentemente, el concepto de sustancia, —y, consiguientemente, su derivado transubstanciación— respondía, en el siglo XVI, a un sistema de pensamiento, derivado de la filosofía aristotélica, que distinguía en cada realidad particular su sustancia de sus accidentes. Habitualmente, la sustancia es lo que permanece, mientras que los accidentes (color, temperatura) son lo que puede variar. Pero en la Eucaristía sucede precisamente lo

contrario: los accidentes (la apariencia de pan y de vino) es lo único que permanece, y lo que se «convierte» es la sustancia del pan en la del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Y esta idea del cambio, o de la conversión de la materia de la Eucaristía, mediante las palabras de la consagración, se encuentra ya desde antes profusamente expuesta, con esta expresión o con otras, desde los escritos más antiguos de los Padres de la Iglesia.

Sin embargo, no es del todo así: el Concilio había insistido anteriormente en que bajo las especies eucarísticas se encuentra presente no solamente el cuerpo en el pan y la sangre en el vino, sino que *en cada una* de las dos especies se encuentra verdadera, real y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo. Es la Persona entera de Cristo la que se encuentra en la Eucaristía, y por ello, ante el Santísimo

Sacramento, nos debemos encontrar en actitud personal de diálogo con Cristo vivo, resucitado: no sólo como el que se encuentra ante un cuerpo insensible o dormido, o, en el peor de los casos, ante un cadáver.

De alguna manera tenemos que entender la «conversión». Queda claro que «aquello» ya no es más ni pan ni vino. Pero tampoco nos debemos quedar en una interpretación meramente física, como sería la pretensión de los antiguos alquimistas de transmutar los metales en oro, mediante la «piedra filosofal»: no se trata de cambiar una sustancia por otra, sino de cambiar una sustancia material, inanimada, elaborada por el hombre a partir de los elementos naturales del trigo y de la uva, por una Persona, que es la del mismo Verbo de Dios hecho hombre. Y este cambio es único, y exclusivo de la Eucaristía: no hay nada más, al alcance del hombre, que se transforme así, por lo que tenemos la seguridad de que no hay ninguna palabra del lenguaje humano que exprese adecuadamente la realidad de la transformación de que se trata. «Conveniente y propiamente», como dice el Concilio, podemos *aproximarnos* a expresar con palabras la realidad del misterio, pero siempre podremos profundizar en nuestra expresión para hacerlo mejor aún.

Para expresar bien con palabras una realidad, primero hay que entenderla

bien. Por ello, la Iglesia, a partir del siglo XVI, ha seguido profundizando en el sentido del misterio —sin agotarlo nunca— llegando a formular algunas expresiones que, con mayor acierto unas veces que otras, han querido complementar —¡nunca sustituir!— el gran avance que supuso, para la comprensión de la doctrina de la fe, el hito de la formulación, conveniente y propia, del Concilio de Trento.



Tratando de entender

La presencia de Cristo en la Eucaristía, ¿es simple consecuencia del cambio del pan en su Cuerpo? ¿No será más bien al revés, que la transformación del pan en el Cuerpo de Cristo sea la consecuencia de su presencia personal en la acción sacramental? Creo, sinceramente, que esta concepción es mucho más enriquecedora. Cristo tiene la iniciativa de hacerse presente en su Iglesia; de ahí el mandato a los apóstoles, en la Última Cena de «haced esto en memoria mía».

En la teología del siglo xx ha habido una serie de intentos de expresar la transformación de la Eucaristía que fueron recibidos con prevención por algunos sectores de la Iglesia, como si vinieran a negar la transustanciación, y, con ella, la presencia real de Jesucristo en el Sacramento. Pero, si no vienen a substituir y negar, sino a complementar y enriquecer las ideas, bien venidos sean. Así se habló hace algún tiempo, con más o menos éxito, de transignificación y transfinalización. No cabe duda de que, si se da una nueva presencia de Cristo después de la consagración, cambia, por completo, la significación del pan y del vino: ya no es un simple alimento para saciar el hambre o la sed; y la finalidad del pan y del vino, una vez consagrados, trasciende la intención que tuvo al fabricarlos el panadero o el cosechero. Si esto se entiende como consecuencia de la presencia que Cristo quiere tener, por su propia iniciativa, en medio de su Iglesia, de un modo sacramental y peculiar, es un complemento del concepto de la transubstanciación. Si nos quedáramos, en cambio, solamente en la intención subjetiva del que interpreta que, para él, ha cambiado la significación o la finalidad del pan y del vino con el que comulga (la significación o la finalidad *que él le da*), evidentemente nos quedaríamos ante una idea demasiado pobre e insuficiente, que no

corresponde a lo que la Iglesia entiende en el dogma de la presencia de Cristo en la Eucaristía, y, consiguientemente, de la transformación de la materia del sacrificio por las palabras de la consagración.

Así dice el Papa Pablo VI, en la Encíclica «*Mysterium fidei*» (3 de septiembre de 1965) que «realizada la transubstanciación, las especies de pan y vino adquieren, sin duda, un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, signo de un alimento espiritual; pero en tanto adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, en cuanto contienen una “realidad” que con razón denominamos ontológica. Porque bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa».

Es mucho, aún, lo que cada uno de nosotros puede profundizar en la meditación del misterio de la Eucaristía, a partir de lo que la Iglesia ya ha alcanzado por las definiciones del Magisterio, y entre lo que intenta avanzar por en medio de las proposiciones de la Teología. Esta es, ahora, la tarea que se nos propone. ■

José F. Guijarro García
La Lámpara del Santuario nº 2,
Tercera Época

Relaciones de María en el misterio de su asunción con la eucaristía

«Madre de Dios y madre nuestra, yo me congratulo de tus grandezas [...] Yo te miro, oh Señora y Madre de los pecadores, como legítimo orgullo cual otra Esther colocada a la derecha del divino Asuero, y por única e incomparable merced quiero pedirte que recabes del Padre Eterno, que es tu Padre, del Hijo de Dios que es tu Hijo y del Espíritu Santo, que es tu Esposo la gracia de no ofenderles más [...]

Para merecer cuanto es dable esta merced, permitidme, Señora recrearme viéndote en espíritu levantada [...], como aurora del bello día de la redención, bella como el sol, elegida y única como la luna [...]

Permitidme recordarte en la solemnidad que en este mes celebra la Iglesia, subiendo al cielo, atraída por tu hijo, como una pura vírgula de incienso que se eleva en el aire a las regiones etéreas en que el Rey de los Reyes se sienta en trono estrellado y te dispuso la realeza del cielo y de la tierra.

“Subid, Señora, —te diré con las palabras de un místico que canta y celebra tu asunción—, el trono está levantado y la corona trenzada, Jesús tiene la mano izquierda bajo vuestra cabeza y con su



derecha os abraza. Subid [...] toda resplandeciente de los fuegos del divino Sol que lleváis de nuevo en vuestro seno. ¡Si la muerte de los santos es preciosa en la presencia de Dios que no será la de su Madre! Id cantado vuestro Magnificat por manera de acción de gracias que ha de prolongarse durante toda la eternidad, y enviadnos una última mirada con vuestra última sonrisa, fruto de vuestra divina serenidad sobre la muerte y sobre la tumba, sobre nuestra última hora y sobre nuestra última comunión”.

Luis de Trelles

*La Lámpara del Santuario
Tomo III (1872) pág. 286*

Octubre 2019

Meditación sobre la Santa Misa – III

Rito de la comunión

Quisiera saber transmitir los sentimientos que me embargan al escuchar la segunda parte de la plegaria Eucarística, con una fuerza no menor que cualquiera de los poemas escritos por grandiosos que sean los poetas. Es una oración de súplica y una oración de alabanza dirigida al Padre.

Me sobrecoge caer en la cuenta de que hay un intervalo de tiempo entre las palabras de la consagración que anuncian la fracción del pan y el momento posterior en que el celebrante lo parte. Me parece que se detiene el tiempo de Cristo, y que en su presencia crucificada, muerto ante nosotros, nada menos que se lo ofrecemos al Padre, como pan de vida y cáliz de salvación y le damos gracias porque por su Hijo nos hace dignos (mucho más que considerarnos dignos) de servirle en su presencia.

Y en ese momento sobrecogedor, ante Jesús suspendido en la Cruz, le pedimos al Padre —al que todo lo que pidamos en su nombre nos dará— por la unidad de la Iglesia y su perfección por la caridad, por el Papa y todos los pastores, por los difuntos; y para nosotros, misericor-

dia, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas.

Si la poesía es palabra emocionada, capaz de suscitar los sentimientos más nobles, la verdad, la belleza y el bien, convierten esta oración en momento en sublime.

En esta tercera parte nos acercamos, como en las celebraciones sacrificiales antiguas, al momento en que los fieles somos invitados a participar en la comunión de la víctima pascual sacrificada. Las palabras de Cristo: «el que coma de este pan vivirá para siempre», centran la tercera parte de la misa. El pan y el vino consagrados por el sacerdote se han transustanciado en el cuerpo y la sangre de Cristo muerto, sí, pero resucitado, vivo para nuestra vida y vivo entre nosotros para crecer en su amor.

Si en la primera parte alabamos a Dios con himnos hechos por los hombres y lo escuchamos en las lecturas al leer su palabra revelada del Antiguo o del Nuevo testamento y proclamamos el Credo como expresión de la fe de la Iglesia, ratificada por la asamblea de los creyentes. Si en la segunda, en el sacrificio eucarístico alabamos a Dios con himnos aprendidos de los ángeles al entonar el santus,

o recuperamos la antigua alianza rota por el pecado, mediante el memorial de la muerte y resurrección del Señor ofrecido incruentamente al Padre en unidad del Espíritu Santo, por Cristo con Él y en Él y reconocemos todo el honor y toda la gloria. Será en la tercera parte, cuando Dios mismo se acerca en ágape fraterno, como encuentro personal y alimento para cada uno de los participantes, entrar en nuestra alma y montar un tabernáculo de amor en el interior de cada uno, anciano, joven niño, hombres y mujeres. El Dios escondido entra en intimidad inaudita con cada uno de nosotros, a pesar de nuestra indignidad ontológica, pero debidamente preparados con las ropas apropiadas al banquete de boda al que hemos sido invitados.

En esta tercera parte va a tener lugar lo que Santa Teresa llamaba «encuentro de amistad con quien sabemos nos ama». Es la hora de silencio, para escuchar; de la acción de gracias por tantos beneficios, y de las súplicas por tantas necesidades de nosotros y del mundo entero; es como decía a sus Monjas: Es el momento de la negociación. Santa Teresa y tantos santos, obtuvieron sus gracias, en el encuentro de la comunión. Los adoradores lo prolongamos en la media hora de meditación silenciosa.

El ara del altar se ha configurado en la mesa del banquete. Aparentemente todo sigue igual, pero ahora, manteles y corporales adquieren protagonismo, vamos

a participar en el banquete del Cordero sacrificado, del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Dos «amenes lo estructuran» y una cuarta elevación del cáliz y de la Hostia Santa. En el primer amén cerramos la plegaria eucarística con la exaltación por Cristo con Él y en Él, en unión con el Espíritu Santo, al Padre, a quien damos todo honor y toda gloria.

El segundo amén, es personal, es el que pronunciamos asintiendo a las palabras de quien nos acerca al Señor, nuestro Amén ratifica la divinidad del cuerpo que recibimos y asentimos al deseo de que este cuerpo sirva de alimento para la vida eterna. La sucesión de cada uno de los elementos va configurando una sinfonía in crescendo. Rezamos el padre nuestro, proclamamos nuestra esperanza en la gloriosa venida de Jesucristo a quien le reconocemos el reino, el poder y la gloria, como Señor del tiempo y de la historia, recordamos que sólo Jesús es el príncipe de la paz de quien procede la paz y la unidad para la Iglesia y para el mismo mundo. Se realiza, en la unión de un fragmento de la Hostia con el vino, gesto menor en apariencia; en la unión del cuerpo y de la sangre se nos presenta visiblemente que Cristo ha resucitado.

Es en este momento de la fracción del pan, el que en la última Cena tuvo lugar a continuación de la consagración, cuando se termina esa suspensión del tiempo que

nos hace contemplar, mientras brotan a sus pies nuestras oraciones, a Cristo pendiente en la cruz, ofrecido al Padre para restaurar la Alianza, al que le dirigimos la segunda parte de la plegaria Eucarística y el comienzo del rito de la Comunión.

Éste es el momento en que Cristo, como Cordero Pascual que quita el pecado del mundo y que nos trae la Paz, atrae nuestras miradas. Si antes nos dirigíamos al Padre, ahora centramos nuestra atención directamente en Jesucristo, que nos va a llegar como alimento para la vida eterna. Sin la Eucaristía no podemos vivir, sin su comunión se hace largo y pesado el camino. Es la apoteosis del encuentro del creyente en la intimidad de su espíritu con el Señor.

Tomar conciencia de la maravilla de este misterio nos hace agradecidos. Sin este encuentro es muy difícil la fidelidad. Sin esta experiencia de Dios, sin este encuentro con el Dios personal que nos ama, se reduce la celebración a un rito sociológico de costumbres sin alma, vacío y rutinario. Abandonarnos, en la intimidad, a solas nada menos que con Dios, en Jesucristo y en Él con el Dios Trinitario, hace del vivir un gozo aún en las adversidades e inclemencias de la vida, porque todo adquiere su verdadero sentido.

La oración última de comunión refuerza el don recibido y suplica a Dios su eficacia sobrenatural en nosotros.

Dos momentos os ofrecemos a vuestra consideración: el padre nuestro y el rito de conclusión.

Incrustada en la liturgia de la misa aparece solemnemente la oración que el mismo Cristo nos enseñó. Es una oración sin duda para repetirla en todo tiempo y lugar, como modelo perfecto de oración de alabanza y de súplica. Pero es en este momento de la misa cuando adquiere sentidos y resonancias inimaginables humanamente. ¡Qué audacia la nuestra! Nada menos que llamar a Dios Padre y no metafóricamente como a los antiguos dioses, sino realmente por ser hijos adoptivos rescatados y redimidos por el Verbo encarnado.

Cuando lo rezo en la misa me parece hacerlo primigeniamente, como si fuera la primera vez en el mundo; precisamente porque lo hacemos a continuación de haber alcanzado la restauración de la Alianza por Cristo. Por ello el celebrante nos invita:

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:
Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó.

Son dos fórmulas que hacen referencia, la primera a nuestra audacia de atrever-

nos a llamar Padre a nuestro Dios; la segunda a la alegría por la filiación divina que se nos ha concedido.

Son como dos aldabonazos que resuenan al rezar el padrenuestro. Uno mira al asombro y al agradecimiento. El otro al Señor que vamos a recibir en el banquete de la comunión, y que hace que adquieran sentidos especiales el pan nuestro que pedimos para cada día, además del que satisface nuestras necesidades materiales, el perdón de los pecados, el librarnos de la tentación y el librarnos del Mal.

El segundo momento que queremos destacar es el rito de conclusión. Parece que el final se precipita como si tras un ritmo sosegado, tuviéramos prisa por concluir. Y, sin embargo, en su brevedad, es un colofón cargado de sentido y de unción. Nada menos que el deseo de que Dios nos acompañe a lo largo de la semana, día a día, momento a momento. No es una fórmula vacía ni tri-

vial. El celebrante pronuncia un deseo para toda la asamblea: El Señor esté con vosotros y respondemos: y con tu espíritu. Pero a continuación pronuncia la bendición de Dios. Nada menos que el reconocimiento de Dios por haber participado en el misterio y celebración tan sobrenatural, que nos imparte el bien que necesitamos.

Pero queda algo muy importante, consecuencia de la bendición de Dios. Si asiste un diácono, él lo proclama. Podéis ir en paz. Demos gracias a Dios. No es que se nos avisa que ya podemos irnos, aunque sea en paz. *Ite, missa est.* No, de ninguna manera. Los frutos de los dones recibidos están para ser distribuidos en medio del mundo. Nuestra eucaristía tiene que dar sus frutos precisamente al salir de la iglesia. De entre las fórmulas posibles me parece muy iluminadora la que dice: «*Ite ad Evangelium Domini nuntiandum*» (Podéis ir a anunciar el Evangelio del Señor). ■

Preguntas:

- ¿Qué nos quiere resaltar la Iglesia al introducir una oración de súplica y alabanza entre el instante de la consagración y el posterior de la fracción del pan, momento en el que el sacerdote echa un trocito de la Hostia en el Vino?
- ¿Por qué Santa Teresa decía que al recibir en nuestro interior a Cristo Eucaristía es el momento propicio para entablar un diálogo de amistad con quien sabemos nos ama y para negociar con Él nuestros asuntos, súplicas, agradecimientos y consuelos?
- Realizada la restauración de la Antigua Alianza con la solemne proclamación doxológica de que por Cristo, con Él y en Él le tributamos al Padre todo honor y toda gloria, ¿Qué nos indica que inmediatamente la criatura, el ser humano, se atreva a llamarle a Dios Padre?

María y el rezo del rosario

Hoy, primer día de octubre, quisiera reflexionar sobre dos aspectos que, en la comunidad eclesial, caracterizan este mes: la oración del rosario y el compromiso en favor de las misiones. El próximo sábado, día 7, celebraremos la fiesta de la santísima Virgen del Rosario, y es como si, cada año, la Virgen nos invitara a redescubrir la belleza de esta oración, tan sencilla y tan profunda. El amado Juan Pablo II fue gran apóstol del rosario: lo recordamos arrodillado, con el rosario entre las manos, sumergido en la contemplación de Cristo, como él mismo invitó a hacer con la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*. El rosario es oración contemplativa y cristocéntrica, inseparable de la meditación de la sagrada Escritura. Es la oración del cristiano que avanza en la peregrinación de la fe, siguiendo a Jesús, precedido por María. Queridos hermanos y hermanas, quisiera invitaros a rezar el rosario durante este mes en familia, en las comunidades y en las parroquias por las intenciones del Papa, por la misión de la Iglesia y por la paz en el mundo.

Al final de este momento de oración mariana, os dirijo a todos mi cordial saludo y os agradezco vuestra participación. En particular, saludo al cardenal Bernard Francis Law, arcipreste de esta estupenda basílica de Santa María la Mayor. En Roma este es el templo mariano por excelencia, en el que los habitantes de la ciudad veneran con gran afecto el icono de María *Salus populi romani*. He aceptado de buen grado la invitación que me han hecho a dirigir el santo rosario el primer sábado del mes de mayo, según la hermosa

tradición que he vivido desde mi infancia. En efecto, en la experiencia de mi generación, las tardes de mayo evocan dulces recuerdos relacionados con las citas vespertinas para rendir homenaje a la Virgen. ¿Cómo olvidar la oración del rosario en la parroquia, en los patios de las casas o en las calles de las aldeas? Hoy, juntos, confirmamos que el santo rosario no es una práctica piadosa del pasado, como oración de otros tiempos en los que se podría pensar con nostalgia. Al contrario, el rosario está experimentando una nueva primavera. No cabe duda de que este es uno de los signos más elocuentes del amor que las generaciones jóvenes sienten por Jesús y por su Madre, María. En el mundo actual, tan dispersivo, esta oración ayuda a poner



a Cristo en el centro, como hacía la Virgen, que meditaba en su corazón todo lo que se decía de su Hijo, y también lo que él hacía y decía. Cuando se reza el rosario, se reviven los momentos importantes y significativos de la historia de la salvación; se recorren las diversas etapas de la misión de Cristo. Con María, el corazón se orienta hacia el misterio de Jesús. Se pone a Cristo en el centro de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestras ciudades, mediante la contemplación y la meditación de sus santos misterios de gozo, de luz, de dolor y de gloria.

Que María nos ayude a acoger en nosotros la gracia que procede de estos misterios para que, a través de nosotros, pueda difundirse en la sociedad, a partir de las relaciones diarias, y purificarla de las numerosas fuerzas negativas, abriéndola a la novedad de Dios. En efecto, cuando se reza el rosario de modo auténtico, no mecánico y superficial sino profundo, trae paz y reconciliación. Encierra en sí la fuerza sanadora del Nombre santísimo de Jesús, invocado con fe y con amor en el centro de cada avemaría. Demos gracias a Dios, que nos ha concedido vivir esta tarde una hora de gracia tan hermosa, y en las próximas tardes de este mes mariano, aunque estemos distantes, cada uno en su propia familia y comunidad, sintámonos igualmente cercanos y unidos en la oración. Especialmente durante estos días que nos preparan para la solemnidad de Pentecostés, permanezcamos unidos a María, invocando para la Iglesia una renovada efusión del Espíritu Santo. Que, como en los orígenes, María santísima ayude a los fieles de cada comunidad cristiana a formar un solo corazón y una sola alma.

Antes de entrar en el santuario para rezar junto con vosotros el santo rosario, me detu-

ve brevemente ante la urna del beato Bartolo Longo y rezando me pregunté: «Este gran apóstol de María, ¿de dónde sacó la energía y la constancia necesarias para llevar a cabo una obra tan imponente, conocida ya en todo el mundo? ¿No es precisamente del rosario, acogido por él como un verdadero don del corazón de la Virgen?». Sí, así fue exactamente. Lo atestigua la experiencia de los santos: esta popular oración mariana es un medio espiritual valioso para crecer en la intimidad con Jesús y para aprender, en la escuela de la Virgen santísima, a cumplir siempre la voluntad de Dios. Es contemplación de los misterios de Cristo en unión espiritual con María, como subrayaba el siervo de Dios Pablo VI en la exhortación apostólica *Marialis cultus* (n. 46), y como después mi venerado predecesor Juan Pablo II ilustró ampliamente en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, que hoy vuelvo a entregar idealmente a la comunidad de Pompeya y a cada uno de vosotros. Todos vosotros, que vivís y trabajáis aquí en Pompeya, especialmente vosotros, queridos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos comprometidos en esta singular porción de la Iglesia, estáis llamados a hacer vuestro el carisma del beato Bartolo Longo y a llegar a ser, en la medida y del modo que Dios concede a cada uno, auténticos apóstoles del rosario. Pero para ser apóstoles del rosario, es necesario experimentar personalmente la belleza y profundidad de esta oración, sencilla y accesible a todos. Es necesario ante todo dejarse conducir de la mano por la Virgen María a contemplar el rostro de Cristo: rostro gozoso, luminoso, doloroso y glorioso. Quien, como María y juntamente con ella, conserva y medita asiduamente los misterios de Jesús, asimila cada vez más sus sentimientos y se configura con él.

Al respecto, me complace citar una hermosa consideración del beato Bartolo Longo: «Como dos amigos —escribe—, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los misterios del rosario, y formando juntos una misma vida de comunión, podemos llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos, y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto» (*I Quindici Sabati del Santissimo Rosario*, 27ª ed., Pompeya 1916, p. 27; citado en *Rosarium Virginis Mariae*, 15). El rosario es escuela de contemplación y de silencio. A



primera vista podría parecer una oración que acumula palabras, y por tanto difícilmente conciliable con el silencio que se recomienda oportunamente para la meditación y la contemplación. En realidad, esta cadenciosa repetición del avemaría no turba el silencio interior, sino que lo requiere y lo alimenta. De forma análoga a lo que sucede con los Salmos cuando se reza la liturgia de las Horas, el silencio aflora a través de las palabras y las frases, no como un vacío, sino como una presencia de sentido último que trasciende las palabras mismas y juntamente con ellas habla al corazón.

Así, al rezar las *avemarías* es necesario poner atención para que nuestras voces no «cubran» la de Dios, el cual siempre habla a través del silencio, como «el susurro de una brisa suave» (1 R 19, 12). ¡Qué importante es, entonces, cuidar este silencio lleno de Dios, tanto en el rezo personal como en

el comunitario! También cuando lo rezan, como hoy, grandes asambleas y como hacéis cada día en este santuario, es necesario que se perciba el rosario como oración contemplativa, y esto no puede suceder si falta un clima de silencio interior. Quiero añadir otra reflexión, relativa a la Palabra de Dios en el rosario, particularmente oportuna en este período en que se está llevando a cabo en el Vaticano el Sínodo de los obispos sobre el tema: «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Si la contemplación cristiana no puede prescindir de la Palabra de Dios, también el rosario, para que sea oración contemplativa, debe brotar siempre del silencio del corazón como respuesta a la Palabra, según el modelo de la oración de María. Bien mirado, el rosario está todo él entretrejado de elementos tomados de la Sagrada Escritura. Está, ante todo, la enunciación del misterio, hecha preferiblemente, como hoy, con palabras tomadas de la Biblia. Sigue el *padrenuestro*: al dar a la oración una orientación «vertical», abre el alma de quien reza el rosario a una correcta actitud filial, según la invitación del Señor: «Cuando oréis decid: Padre...» (Lc 11, 2). La primera parte del *avemaría*, tomada también del Evangelio, nos hace volver a escuchar cada vez las palabras con que Dios se dirigió a la Virgen mediante el ángel, y las palabras de bendición de su prima Isabel. La segunda parte del *avemaría* resuena como la respuesta de los hijos que, dirigiéndose suplicantes a su Madre, no hacen sino expresar su propia adhesión al plan salvífico revelado por Dios. Así el pensamiento de quien reza está siempre anclado en la Escritura y en los misterios que en ella se presentan. ■

Benedicto XVI

El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros

Yo y el Padre vendremos a fijar en él nuestra morada. Que cuando venga encuentre, pues, tu puerta abierta, ábrele tu alma, extiende el interior de tu mente para que pueda contemplar en ella riquezas de rectitud, tesoros de paz, suavidad de gracia. Dilata tu corazón, sal al encuentro del sol de la luz eterna que ilumina a todo hombre. Esta luz verdadera brilla para todos, pero el que cierra sus ventanas se priva a sí mismo de la luz eterna. También tú, si cierras la puerta de tu alma, dejas afuera a Cristo. Aunque tiene poder para entrar, no quiere sin embargo ser inoportuno, no quiere obligar a la fuerza.

Él salió del seno de la Virgen como el sol naciente, para iluminar con su luz todo el orbe de la tierra. Recibe esta luz los que desean la claridad del resplandor sin fin, aquella claridad que no interrumpe noche alguna. En efecto, a este sol que vemos cada día suceden las tinieblas de la noche; en cambio, el sol de justicia nunca se pone, porque a la sabiduría no sucede la malicia.

Dichoso, pues, aquel a cuya puerta llama Cristo. Nuestra puerta es la fe, la cual, si es resistente, defiende toda la casa. Por esta puerta entra Cristo. Por esto dice la Iglesia en el Cantar de los cantares: La voz de mi amado llama a la puerta. Escúchalo cómo llama, cómo desea entrar: ¡Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma mía! Que está mi cabeza cubierta de rocío, y mis cabellos de la escarcha de la noche.

Considera cuándo es principalmente que llama a tu puerta el Verbo de Dios, siendo así que su cabeza está cubierta del rocío de la noche. El se digna visitar a los que están tentados o atribulados, para que nadie sucumba



bajo el peso de la tribulación. Su cabeza, por tanto, se cubre de rocío o de escarcha cuando su cuerpo está en dificultades. Entonces, pues, es cuando hay que estar en vela, no sea que cuando venga el Esposo se vea obligado a retirarse. Porque si estás dormido y tu corazón no está en vela, se marcha sin haber llamado; pero si tu corazón está en vela, llama y pide que se le abra la puerta.

Hay, pues, una puerta en nuestra alma, hay en nosotros aquellas puertas de las que dice el salmo: ¡Portones!, alzad los dinteles, levantaos, puertas antiguas: va a entrar el Rey de la gloria. Si quieres alzar los dinteles de tu fe, entrará a ti el Rey de la gloria, llevando consigo el triunfo de su pasión. También el triunfo tiene sus puertas, pues leemos en el salmo lo que dice el Señor Jesús por boca del salmista: Abridme las puertas del triunfo.

Vemos, por tanto, que el alma tiene su puerta, a la que viene Cristo y llama. Ábrele, pues; quiere entrar, quiere hallar en vela a su Esposa. ■

San Ambrosio

Obispo y Doctor de la Iglesia

Del Comentario sobre el salmo ciento dieciocho.

(Núms. 12, 13-14: CSEL 62, 258-259)

Sobre la Caridad (II)

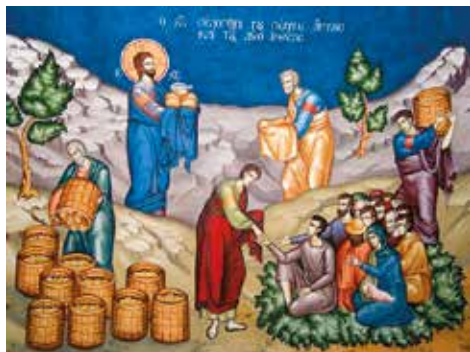
Algunas veces me he puesto a pensar si nuestro Señor corrigió en alguna ocasión a los discípulos en presencia de los demás; sólo se me ha ocurrido un ejemplo, cuando contradijo a Pedro diciéndole: «Satanás», y esto en el campo; y otra vez que se gloriaba de que seguiría al Maestro hasta la muerte: «Esta noche me matarán tres veces».

Sea lo que fuere, vemos que nuestro Señor fue muy reservado en contradecir; ¿por qué no lo vamos a ser nosotros? Él tenía derecho a reprochar en público a los suyos, ya que era el camino y la verdad; pero nosotros, que podemos extraviarnos, hemos de tener mucho cuidado en no contradecir nunca a los que hablan, por miedo a dejarlos confundidos, promover una discusión y combatir la verdad. Entreguémonos a Dios, padres, para evitarlo. Si somos de opinión contraria, o callémonos, o digamos sencillamente las cosas como las sabemos, sin impugnar el sentido que los otros les dan, ni la manera con que las refieren, creyendo que tienen razón al hablar así. Por eso dice san Pablo que la caridad es benigna. Y éste es el segundo acto.

El tercero se muestra en la tolerancia mutua de nuestras debilidades. ¿De quién diremos que es perfecto? Nadie es perfecto en la tierra. Y ¿quién no es imperfecto? Pues si todos los hombres tienen algún defecto, ¿quién no tiene necesidad de que lo soporten? El que se examine bien, notará en sí mismo muchas debilidades y defectos, y reconocerá incluso que no es capaz de impedirlos ni, por consiguiente, de ser una molestia para los demás. Y esto, tanto en el cuerpo como en el espíritu. A veces se encontrará uno, como a todos nos pasa, con cierta antipatía extraña en contra de otro que, aunque no sea malo, nos resulta desagradable en todo lo que hace: si mira, si

escucha, si habla, si hace algo, todo nos parecerá mal, por la mala disposición de nuestra naturaleza. Otro hablará con claridad, observando todas las reglas gramaticales; pero sus ideas nos parecerán oscuras y sus palabras vacías, sólo por esa antipatía que le tenemos y que, sin embargo, no es voluntaria; por eso, si él llega a darse cuenta, nos alegramos de que lo comprenda y nos excuse; ¿por qué no le vamos a excusar nosotros a él cuando nos ponga mala cara o reproche nuestras palabras y nuestras acciones? Esa antipatía que le tenemos, podría también él tenerla hacia nosotros. Unas veces estamos alegres y otras tristes; ayer nos veían llenos de gozo y hoy hundidos en la melancolía. Si queremos que los demás tengan paciencia con nosotros en estos excesos de nuestro buen o mal humor, ¿no es justo que nosotros la tengamos con ellos en ocasiones semejantes?

Hagámonos un buen reconocimiento; que cada uno examine sus piezas, las debilidades de su cuerpo, el desorden de sus potencias, su inclinación al mal, la exuberancia de su imaginación, su infidelidad y su ingratitud para con Dios y su mala conducta con los hombres; encontraremos en nosotros más actos de malicia y más motivos para humillarnos que en cualquier otro hombre que hayamos podido conocer. Entonces que cada uno se atreva a decirse a sí mismo: «Soy el pecador más grande y el hombre más insoportable». Sí, si nos estudiamos bien, veremos que somos una carga muy grande para todos los que tratan con nosotros; el que conoce todas sus miserias, que es un fruto de la gracia de Dios, estad seguros que verá muy bien la obligación que tiene de soportar también a todos los demás; no verá ya faltas en ellos o, si las ve, las comparará con las suyas; y de esta forma, en medio de su debilidad, sopor-



tará con caridad a su prójimo. ¡Admirable paciencia la de nuestro Señor! Fijaos en ese poste que sostiene todo el peso del techo; sin él, todo se derrumbaría; también Jesucristo nos ha sostenido en todas nuestras caídas, nuestras cegueras y nuestra pesadez de espíritu. Todos estábamos como aplastados de iniquidades y de miserias corporales y espirituales, y nuestro bondadoso Salvador se las ha cargado para sufrir su pena y su oprobio. Si lo pensamos bien, veremos el castigo y desprecio que merecemos, por ser tan culpables, sobre todo yo, miserable porquero, que voy acumulando faltas día tras día por mis malos hábitos y por mi ignorancia, que es tan grande que casi no sé lo que digo.

Acabo de decir que, cuando uno se conoce bien, sabe soportar fácilmente a los demás... Ahora no sé dónde estoy ni adónde voy... Tened paciencia conmigo, por favor. ¿Qué significa eso de soportarse? Se trata de aquello: *alter alterius onera pórtate* (Sobrellevad los unos las cargas de los otros). ¿Qué es lo que hacéis al soportaros mutuamente?: cumplís la ley de Jesucristo. Digámosle todos: «Señor mío, en adelante sólo quiero fijarme en mis propios defectos; haz que, desde ahora, iluminado por el esplendor de tu ejemplo, lleve a todos los hombres en mi corazón y los soporte con tu ayuda; concédeme la gracia de obrar así e inflama mi corazón en tu amor».

Y paso enseguida al cuarto efecto de la caridad. Consiste en no ver sufrir a nadie sin sufrir con él, no ver llorar a nadie sin llorar con él. Se trata de un acto de amor que hace entrar a los corazones unos en otros para que sientan lo mismo, lejos de aquellos que no sienten ninguna pena por el dolor de los afligidos ni por el sufrimiento de los pobres. ¡Qué cariñoso era el Hijo de Dios! Le llaman para que vaya a ver a Lázaro; va; la Magdalena se levanta y acude a su encuentro llorando; la siguen los judíos llorando también; todos se ponen a llorar. ¿Qué es lo que hace nuestro Señor? Se pone a llorar con ellos 15, lleno de ternura y compasión. Ese cariño es el que lo hizo venir del cielo; veía a los hombres privados de su gloria y se sintió afectado por su desgracia. También nosotros hemos de sentir este cariño por el prójimo afligido y tomar parte en su pena. ¡Oh, san Pablo, qué sensible eras tú en este punto! ¡Oh, Salvador, que llenaste a este apóstol de tu espíritu y de tu cariño, haznos decir como él: *Quis infirmatur, et ego non infirmor?*: (¿hay algún enfermo, con el que yo no me sienta enfermo?).

¿Y cómo puedo yo sentir su enfermedad sino a través de la participación que los dos tenemos en nuestro Señor, que es nuestra cabeza? Todos los hombres componen un cuerpo místico; todos somos miembros unos de otros. Nunca se ha oído que un miembro, ni siquiera en los animales, haya sido insensible al dolor de los demás miembros; que una parte del hombre haya quedado magullada, herida o violentada, y que las demás no lo hayan sentido. Es imposible. Todos nuestros miembros están tan unidos y trabados que el mal de uno es mal de los otros. Con mucha más razón, los cristianos, que son miembros de un mismo cuerpo y miembros entre sí, tienen que padecer juntos. ¡Cómo! ¡ser cristiano y ver afligido a un hermano, sin llorar con él ni sentirse enfermo con él! Eso es no tener caridad; es

ser cristiano en pintura; es carecer de humanidad; es ser peor que las bestias.

También es un acto de caridad alegrarse con los que se alegran. Ella nos hace entrar en los motivos de su alegría. Nuestro Señor ha querido con sus máximas hacer que seamos una sola cosa espiritualmente en la alegría y en la tristeza; desea que entremos en los sentimientos de todos los demás. El evangelio de san Juan nos cuenta que el bendito precursor, hablando de sí y de Jesucristo, decía que el amigo del esposo se llena de alegría al oír su voz. «Mi gozo, exclamaba, ya se ha cumplido; es preciso que él crezca y que yo mengüe». Alegrémonos también cuando oigamos la voz de nuestro prójimo que se alegra, ya que nos representa a nuestro Señor; alegrémonos de sus éxitos y de que nos supere en el honor y el aprecio del mundo, en talento, en gracia y en virtudes. Así es como hemos de entrar en estos sentimientos de alegría.

También hemos de sentir con él cuando tenga algún motivo de tristeza; hagamos por virtud lo que hacen muchas veces las gentes del mundo por respeto humano. Cuando van a ver a una persona afligida que ha perdido a su padre, a su esposa, a un pariente, ¿qué es lo que hacen? De ordinario, se visten de negro; si tienen joyas, adornos u otras señales de alegría, se las quitan y van cubiertos de luto; al llegar, muestran un aspecto triste y acercándose a la persona afligida le dicen: «¡Ay! No sé como expresarle el dolor que siento por la pérdida que hemos sufrido; me siento inconsolable; quiero mezclar mis lágrimas con las tuyas»; y otras palabras por el estilo, para demostrar que participan de su aflicción.

¿De dónde proviene esta costumbre? Sabéis mejor que yo que las buenas ceremonias de los cristianos son muy antiguas; tienen su origen en el evangelio y en las cartas de san Pablo. Los primeros cristianos solían visitar-

se, compadecerse y consolarse mutuamente. Esos deberes de amistad han llegado hasta nosotros, proceden del fondo del cristianismo, que hizo esto y lo sigue haciendo todavía. No se ve nada parecido entre los turcos, ni entre los indios, ni siquiera entre los judíos; nunca se descubren para saludarse. Así pues, en su origen estas cosas eran acciones de caridad, y lo malo es que las hemos separado de su fuente; ordinariamente se usan mal ahora en la forma en que se hacen, ya que se hacen por ostentación, por zalamería, por interés o por afecto natural, y no por esa unidad de espíritu y de sentimiento que vino a traer a su Iglesia el Hijo de Dios, para que los fieles, teniendo un mismo espíritu con Jesucristo, y como miembros suyos, se alegrasen o entristeciesen con la alegría o la tristeza de sus hermanos. Según esto, hemos de considerar las desgracias de los demás como si fueran nuestras.

He aquí cinco o seis actos de caridad; y ahora otro: que nos adelantemos a honrar a los otros. ¿Por qué? Porque si no, parecería como si nos rehuyéramos o nos comportáramos como señores, como gente importante o como fríos; y eso cerraría nuestros corazones, mientras que lo contrario los abre y los ensancha. La humildad es un producto auténtico de la caridad que, cuando llega la ocasión, nos hace que nos adelantemos a honrar y respetar al prójimo y, de esta forma, nos ganemos su afecto. ¿Quién no ama a una persona humilde? Un león feroz, dispuesto a devorar a otro animal que quisiera resistirle, si lo ve derribado, y, por así decir, humillado a sus pies, se aplaca enseguida. ¿Qué puede hacerse con una persona que se humilla, sino amarla? Un misionero que se arrodilla ante los señores obispos, ante los señores párrocos, como un valle que atrae el agua de las montañas, recibe fácilmente su bendición y su benevolencia. Y si entre nosotros practicamos ese mismo respeto, practicaremos

también la humillación, ya que la humildad, por ser hija del amor, fomenta la unión y la caridad.

El último efecto de la caridad es testimoniar afecto. Hemos de demostrarnos mutuamente que nos queremos de corazón. Hemos de adelantarnos a los demás, para ofrecerles cordialmente nuestros servicios y nuestras ganas de complacerles. «¡Cómo me gustaría demostrarle el cariño que le tengo!». Y, después de habérselo dicho con los labios, confirmárselo con las obras, sirviendo efectivamente a cada uno y haciéndose todo para todos. No basta con tener caridad en el corazón y en las palabras; tiene que pasar a las obras y entonces será perfecta y fecunda, al engendrar el amor en los corazones de aquellos a quienes queremos y ganando a todo el mundo.

Cuando se practican todos estos actos, a saber: 1.º hacer a los demás el bien que razonablemente querríamos que nos hicieran; 2.º no contradecir nunca a nadie y verlo todo bien en nuestro Señor; 3.º soportarnos mutuamente sin murmurar; 4.º llorar con los que lloran; 5.º alegrarse con los que se alegran; 6.º adelantarse a honrarnos mutuamente; 7.º demostrar afecto a los demás y servirles cordialmente, en una palabra, hacerse todo a todos para ganarlos a todos para Jesucristo; ¿qué es lo que hacemos cuando practicamos estas cosas? Ocupamos el lugar de nuestro Señor, que fue el primero en practicarlas. El ocupó el último lugar; hagamos nosotros lo mismo. El vino a demostrar su amor a los hombres y les previno con sus bendiciones; démosle también nosotros al prójimo pruebas de nuestro afecto, no de forma importuna e indiscreta, sino a propósito, con moderación y tino. Y practicar de este modo los demás actos a su debido tiempo y lugar, con tal que estos actos no sean contrarios, como dice la regla, a la ley de Dios, ni a nuestras reglas y constituciones, porque entonces la

caridad no podría permitirlo. Fuera de esto, hagamos el bien siempre y en todas partes, cuando se presente la ocasión, que será frecuentemente; y cuanto mejor obremos en el espíritu de nuestro Señor, tanto más agradables seremos a sus ojos. En fin, padres, si Dios les concede esta gracia a los misioneros, ¿qué os parece que sería esta compañía? Su vida sería una vida de amor; sería la vida de los ángeles, la de los bienaventurados; sería el paraíso del cielo y de la tierra, si Dios nos concediera esta gracia de amarnos mutuamente. Se ha dicho que viviremos como hijos, pero entonces se dirá: «Como viven los bienaventurados y los ángeles entre sí».

¡Oh Salvador, que viniste a traernos esta ley de amar al prójimo como a sí mismo, que tan perfectamente la practicaste entre los hombres, no sólo a su manera, sino de una forma incomparable! ¡Sé tú, Señor, nuestro agradecimiento por habernos llamado a este estado de vida de estar continuamente amando al prójimo, sí, a este estado y profesión de entrega a este amor, ocupados en el ejercicio actual del mismo o en disposición de ello, abandonando incluso cualquier otra ocupación para y dedicarnos a las obras caritativas! De los religiosos se dice que están en un estado de perfección; nosotros no somos religiosos, pero podemos decir que estamos en un estado de caridad, ya que estamos continuamente ocupados en la práctica real del amor o en disposición de ello.

¡Oh Salvador! ¡Qué feliz soy por estar en un estado de amor al prójimo, en un estado que de suyo te habla, te suplica y te presenta incessantemente lo que hago en favor de él! Concédeme la gracia de conocer mi dicha y de querer mucho este estado bendito, para que contribuya de este modo a que esta virtud aparezca en la compañía ahora, mañana y siempre. Amén. ■

San Vicente de Paul, fundador
(De las Reglas comunes, cap. 2, art. 12).

Los fieles de Cristo: jerarquía, laicos, vida consagrada

II. Los fieles cristianos laicos

897 «Por laicos se entiende aquí a todos los cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso reconocido en la Iglesia. Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el Pueblo de Dios y que participan a su manera de las funciones de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (LG 31). ■

La vocación de los laicos

898 «Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios [...] A ellos de manera especial corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor» (LG 31). ■

La iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales, políticas y económicas. Esta iniciativa es un elemento normal de la vida de la Iglesia:

899 «Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del jefe común, el Romano Pontífice, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia» (Pío XII, *Discurso a los cardenales recién creados*, 20 de febrero de 1946; citado por Juan Pablo II en CL 9). ■

900 Como todos los fieles, los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del Bautismo y de la Confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia (cf. LG 33). ■

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Octubre 2019

TURNO	OCTUBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLFONO	HORA DE COMIENZO
2	12	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	4	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	18	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
6	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
7	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
10	4	Santa Rita	Gaztambide 75	915 490 133	21:00
11	25	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
13	5	Purísimo Corazón de María	Embajadores 81	915 274 784	21:00
14	25	San Hermenegildo	Fósforo 4	913 662 971	21:30
15	10	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	22:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
19	25	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 74	917 589 530	21:00
20	4	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	21:30
22	12	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	4	Santa Gema Galgani	Leizarán 24	915 635 068	22:30
24	4	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
25	26	Virgen del Coro	Virgen de la Alegría s/n	914 045 391	21:00
28	4	Ntra. Sra. del Stmo. Sacramento	Clara del Rey 38	914 156 077	21:00
31	4	Santa María Micaela	General Yagüe 23	915 794 269	21:00
32	31	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	3	San Germán	General Yagüe 26	915 554 656	21:30
35	25	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	19	San Matías	Plaza de la Iglesia 1	917 631 662	21:00
38	25	Ntra. Sra. de la Luz	Fernán Núñez 4	913 504 574	22:00
39	4	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	
40	11	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	22:00
41	11	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
42	4	San Jaime Apóstol	José Martínez Seco 54	917 979 535	21:30
43	4	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	21:00
45	18	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	4	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	22:00
47	11	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	11	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	18	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	11	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
51	12	Sacramentinos	Alcalde Sáinz de Baranda 3	915 733 204	21:00
52	3	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	22:00
53	4	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbietta 57	915 512 507	22:00
55	25	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	17	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	5	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
59	4	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
61	5	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatra 13	917 783 554	22:00
62	9	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00
63	11	San Gabriel de la Dolerosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	18	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	11	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	19	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
67	25	San Martín de Porres	Abarzuza s/n	913 820 494	21:00
69	18	Virgen de los Llanos	Plaza Virgen de los Llanos 1	917 058 471	21:00
70	17	San Ramón Nonato	Melquíades Biencinto 10	914 339 301	21:30
71	18	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00
72	4	Nuestra Señora de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Octubre 2019

TURNO	OCTUBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
73	4	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00
74	11	Santa Casilda	Parador del Sol 10	915 691 090	21:00
75	18	San Ricardo	Gaztambide 21	915 432 291	
77	4	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
78	18	Epifanía del Señor	Nuestra Señora de la Luz 64	914 616 613	21:30
VETERANOS	31	Basílica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	22:00

Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	OCTUBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	5	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	11	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	25	Asunción de Ntra. Sra.	Iglesia 1	913 520 582	22:00
Pozuelo de Alarcón T II A	10	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Pozuelo de Alarcón T II B	17	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Santa Cristina T I y II	12	Santa Cristina	Paseo Extremadura 32	914 644 970	
Ciudad Lineal	19	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento T I y II	25	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	12	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	
Vallecas	25	San Pedro Advíncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	23:00
Alcobendas T I	4	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Alcobendas T II	19	San Lesmes Abad	Paseo La Chopera 50	916 620 432	22:30
Mingorrubio	10	San Juan Bautista	Regimiento	913 760 898	
Pinar del Rey	18	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Ciudad de los Ángeles	19	San Pedro Nolasco	Doña Francisquita 27	913 176 204	22:30
Las Rozas T I	11	La Visitación de Ntra. Sra.	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	18	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	4	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Peñagrande	18	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial	19	San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	22:30
Majadahonda	4	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:30
Tres Cantos	19	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata	18	San Antonio	La Navata	918 582 809	22:30
La Moraleja	25	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
Villanueva del Pardillo	18	San Lucas Evangelista	Plaza de Mister Lodge 2	918 150 712	21:00
San Sebastián de los Reyes	4	Ntra. Sra. de Valvanera	Avda. Miguel Ruiz Felguera 4	916 524 648	22:00

Turnos en preparación

Secc. Madrid (T-76)	11	Nuestra Señora del Cortijo	Avenida Manoteras S/N	917 663 081	21:00
Secc. Madrid (T-79)	11	Nuestra Señora de la Paz	Valderribas 57	915 012 328	21:00
Secc. Madrid	18	San Eloy	Plaza Doctor Barraquer 1	917 389 740	21:00
Secc. Tetuán de las Victorias	11	San Eduardo y San Atanasio	General Margallo 6	915 702 700	21:00

Todos los lunes: EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACIÓN. Desde la 17:30 hasta las 19:30 horas

Todos los jueves: SANTA MISA, EXPOSICIÓN DE S.D.M. Y ADORACIÓN. 19:00 horas

Mes de octubre de 2019

Día 3	Secc. de Madrid	Turno 4	San Felipe Neri
Día 10	Secc. de Madrid	Turno 5	María Auxiliadora
Día 17	Secc. de Madrid	Turno 6 y 7	La Milagrosa
Día 24	Secc. de Madrid	Turno 10	Santa Rita
Día 31	Secc. de Santa Cristina	Turno I y II	Santa Cristina

Lunes, días: 7, 14, 21 y 28

Mes de noviembre de 2019

Día 7	Secc. de Madrid	Turno 11	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana
Día 14	Secc. de Madrid	Turno 13	Purísimo Corazón de María
Día 21	Secc. de Madrid	Turno 15	San Vicente de Paúl
Día 28	Secc. de Ciudad Lineal	Turno I	Nuestra Señora de la Concepción

Lunes, días: 4, 11, 18 y 25

Rezo del Manual para el mes de octubre 2019

Esquema del Domingo I	del día 19 al 25	pág. 47
Esquema del Domingo II	del día 1 al 4 y del 26 al 31	pág. 87
Esquema del Domingo III	del día 5 al 11	pág. 131
Esquema del Domingo IV	del día 12 al 18	pág. 171

Las antífonas corresponden al Tiempo Ordinario.

4 de octubre

MEMORIA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS



¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!

Que allí donde haya odio, ponga yo amor;

donde haya ofensa, ponga yo perdón;

donde haya discordia, ponga yo unión;

donde haya error, ponga yo verdad;

donde haya duda, ponga yo fe;

donde haya desesperación, ponga yo esperanza;

donde haya tinieblas, ponga yo luz;

donde haya tristeza, ponga yo alegría.

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto ser consolado como consolar;

ser comprendido, como comprender;

ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;

olvidando, como se encuentra;

perdonando, como se es perdonado;

muriendo, como se resucita a la vida eterna.